

Cuando era niño siempre fui muy, muy curioso y me gustaba mucho experimentar. Todo agarraba, olía e incluso a veces probaba. ¿Cómo olvidar esa vez que enfermé de mi estómago por comer tierra? ¿O cuando no me comía la sopa y a escondidas me la llevaba para hacer mis disquis experimentos? Son tantos recuerdos que podría jurar que si me pongo a mencionarlos todos, no termino ahorita.

También pues, no es por presumir pero desde que tengo memoria soy muy creativo. Siempre lo fui, más que los otros niños de mi salón. Cuando llegaba de la escuela, en lugar de hacer mi tarea salía al patio a buscar cosas nuevas con que experimentar, o si no usaba los cosméticos de mi mamá, las lociones de mi papá, los medicamentos de mis abuelitos y todo lo que yo considerara interesante. Hacía (según yo) perfumes, comidas, bebidas, productos para el pelo y la cara, medicamentos y otras cosas. Siempre obligaba a mis familiares a que los usaran o si no lloraba hasta que lo hicieran, pero obvio que los medicamentos ni nada los probaban en serio.

Todos me decían que seguramente sería médico o científico cuando fuera grande, “y uno de los buenos” como decía mi abuelito Felipe, el papá de mi mamá. Pasa que cada que yo escuchaba que alguien se sentía mal de lo que fuera, desde un simple dolor de cabeza hasta un resfriado, corría a mi habitación por mi equipo médico de juguete que me había ganado en la feria de la ciudad jugando a las canicas. No estaba tan padre como los que pasaban en la tele de la marca *Mi Alegría*, pero para mí era suficiente. Me ponía una camisa blanca de mi papá simulando una bata, tomaba una de tantas medicinas y pomadas hechas por mí e iba con la persona enferma a “curarla” y darle mis recetas.

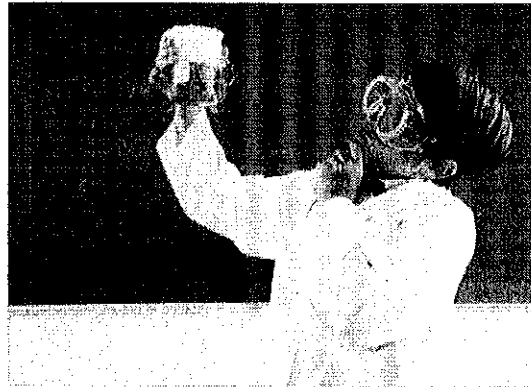
Una vez así pasó con mi mamá. Ella no paraba de quejarse de un dolor de cabeza y no se quitaba la mano de la frente. Se veía triste y desganada.

— ¿Qué tienes, mami? — Le pregunté —Nada, mi niño. Solo es un dolor de cabeza.

Era mi mamá, ¿Cómo iba a permitir que ella estuviera así? Entonces corrí por la camisa de papá, mi equipo médico y una de mis súper medicinas.

—Mira mami, te vas a poner esto en la cabeza y te tomas este en la mañana, este en la tarde y este otro en la noche. —Le dije yo, muy seguro y sin temor a equivocarme.

Ella me sonrió dulcemente, me dio un beso en la frente y me dijo: —Gracias, doctor. Con esto seguro que ya no me va a doler nada.



Le devolví la sonrisa a mi mamá, orgulloso de mí y al mismo tiempo algo “chiveado” como dicen por ahí. Ella se dirigió a su cuarto a descansar y yo me quedé en la sala recogiendo mi botiquín. Desde la puerta de la cocina mi abuelito Felipe observaba la escena. Cuando terminé vi que me estaba mirando. Yo lo miré también y me dijo: —*Mijito* ven tantito, te tengo una sorpresa.

Yo me emocioné muchísimo, ¿qué niño no ama las sorpresas?

Pero entonces recordé aquella vez mi papa me dijo exactamente lo mismo. Nos dirigimos a su cuarto y obvio yo iba súper emocionado. Al destaparme los ojos solo vi que me esperaba una enfermera con una jeringa gigante, ¡vaya sorpresa! Pero bueno, eso es otra historia.

Tras recordar aquello me quedé pensativo y puse mi cara de duda.

— ¿Qué pasa, Memito?

Yo solo me limité a preguntar:

— ¿No es un piquete, verdad?

Mi abuelito soltó una carcajada, de aquellas que lo caracterizaban y me dijo — Nada de eso *mijo*.

Yo también comencé a reír. ¿Cómo pude dudar de güelito Felipe? El jamás me haría algo así, por eso era mi abuelito favorito junto con mi abuelita Irene, que a pesar de que ya estaba muy enferma, se daba tiempo para jugar conmigo

Ya libre toda duda, corrí detrás de él e iba jalándole la camisa sin dejar de preguntar: ¿Qué es? ¡Dime güelito! ¿Qué es?

— ¡Tranquilo, muchacho! — Me dijo mi abuelito entre risas — Que me puedo caer y darme un *guamazo*, y entonces sí, te quedas sin abuelito y sin sorpresa.

Ni idea de que era un *guamazo*, pero sonaba feo. Como niño inocente, eso me asustó un poco porque yo no quería quedarme sin sorpresa y mucho menos sin mi abuelito. Deje de jalarlo, pero seguía igual de ansioso. Cuando por fin llegamos a su cuarto, me sentó en la cama y con algo de dificultad abrió el cajón que estaba al lado de su cama y sacó un paquete envuelto en un papel azul con un moño color dorado, lo recuerdo perfectamente. Me lo dio y me dijo que no pudo evitar comprármelo ya que él no olvidaba cuanto me gustaba el asunto de experimentar y jugar a ser doctor.

En ese entonces yo era su único nieto que vivía en México, ya que mis otros tíos se habían mudado a distintas ciudades de Estados Unidos, a excepción de mi tía Ángeles, pero ella no tenía hijos. Mi abuelito Felipe y mi abuelita Irene siempre fueron los que más me consintieron, e incluso llegaron a solaparme en una que otra de tantas travesuras que hice.

Una vez tuve el regalo en mis manos, de un zarpazo arranque el papel junto con el moño. Mis ojos no lo podían creer... ¡Era el nuevo equipo médico de *Mi Alegría* que estaban anunciando en la tele! Mi corazón latía a mil por hora y mis mejillas se acalambraron por la sonrisa que era imposible quitar. Le di un abrazo tan fuerte a mi abuelito que los dos caímos en la cama y no parábamos de reír. Nos pusimos a jugar al doctor y así hasta que se dio la noche. Es un momento que nunca, nunca voy a olvidar.

Salimos del cuarto y enseguida fui con mi papá gritando: — ¡Mira lo que me dio güelito, papá! Y así seguí, luego con mi tía Ángeles que por una temporada estaba viviendo en la casa, con mi hermana que ni caso me hizo y faltaba mi mamá. En eso ella salió del cuarto.

— ¿Por qué tanto alboroto? — dijo con una sonrisa y algo de extrañeza en su cara.

Se veía repuesta y más contenta que en la tarde. Y entonces algo pasó por mi mente: ¿cómo podía haberse curado si no fue por mis medicinas? ¡Yo había curado a mamá! Me abalancé sobre ella y la llené de besos.

—Es que el niño está muy contento. — Le contestó mi papá— Mira lo que le regaló mi suegro. Por cierto, ¿ya te sientes mejor?

Mi mamá conmigo en los brazos y aparte examinando mi equipo médico le contestó a mi papá: — Sí, fue gracias a la aspi... a mi doctorcito bello. Me besó la frente, me sentó en el sillón y luego fue y abrazó a mi abuelito. Ella le dio las gracias.

—No hay de que, hija. — Le dijo mi abuelito mientras continuaban abrazados — Es mi único nieto aquí, el único que me ve y me gusta verlo feliz. Es por su cumpleaños, pero ya ves que la otra semana tengo que ir allá con Irene, y no vaya a ser que sea el mero 18 de abril.

¿Allá? ¿A dónde? ¿A dónde va mi abuelita Irene? Fueron las preguntas que pasaron por mi mente cuando escuché eso, pero como típico niño enseguida lo olvidé y continué presumiendo a todos en la casa mi nuevo equipo médico.

Esa noche me acosté pensando en qué otras cosas podía inventar, qué otras cosas podía hacer cuando amaneciera, en que había curado a mi mamá, en mis nuevos juguetes. En fin, no había podido haber tenido mejor día. ¡Me sentía un verdadero héroe! Ya hasta me sentía un doctor... y uno de los buenos.

Pasaron los días y por fin se llegó el 18 de abril, día de mi cumpleaños número 7. Me levantaron con las mañanitas, mi tía Ángeles me hizo hot cakes con diferentes formas, todos me felicitaron y todo ese ritual que le hacen a alguien cuando cumple años. Cuando mi familia acabó de celebrarme me fui a la primaria.

Llegué muy contento a mi casa, pero se me empezó a hacer raro que no había visto ni a mi abuelito Felipe, a mi abuelita Irene, ni a mi mamá en todo el día. Estaba mi abuelito Ramón con mi abuelita Conchita. Ella también me quiere mucho y yo a ella, pero casi no iban a visitarnos porque mi abuelito Ramón siempre fue muy gruñón, regañón y casi no le gustaba salir de su casa. Creo que hasta la fecha sigue igual...

Enseguida fui con mi papá y le pregunté por mis abuelitos y mi mamá, a lo que me contestó que habían tenido que salir, pero que mi abuelita Irene me había dejado un pastel que había hecho junto con güelita Conchita. Estaba ri-quí-si-mo.

Pasé un gran cumpleaños –aunque obvio no recuerdo todo exactamente– pero me sentía vacío y triste porque mi abuelito Felipe era el único que jugaba conmigo y no había estado ese día. También extrañaba a mi abuelita Irene, pero ella siempre se ponía a platicar con mi abuelita Concha y a veces ni caso me hacía.

Como a los 3 días regresaron mi abuelito Felipe y mi mamá. ¡Yo estaba feliz! Pero ellos no tanto. Mi mamá estaba llorando mucho y mi abuelito fue y se encerró en su cuarto. Mi tía Ángeles también lloraba mucho y mi hermana, ni se diga. Otra cosa rara era que güelita Irene no venía. Entonces recordé. Posiblemente estaba “allá”, donde güelito Felipe había dicho antes. Pero, ¿Por qué no se la trajeron con ellos, si ella estaba enferma? ¿Por qué la dejaron sola allá?

Todo era muy confuso. En eso mi papá me habló y me llevo a mi cuarto.

– ¿Qué tienen todos, papá?

Él comenzó a llorar y al parecer quería hablar pero la voz no le salía. Seguido de eso me dio un abrazo muy fuerte. Yo seguía sin entender.

– ¿Dónde está güelita Irene?

– Mira, hijo. Ella ya se sentía muy mal y su pancita le dolía mucho y...

– ¡Yo tengo algo para el dolor de la panza! ¿Dónde está güelita Irene? – Lo interrumpí – ¡Dile que yo la curo!

A mi papá se le inundaron sus ojos de lágrimas y volvió a abrazarme fuertemente.

–Ella ya no va a volver, hijo. Diosito se la llevó allá arriba con él, él la va a curar.

– ¿Ya no?

No lo podía creer, estaba muy confundido, triste, enojado, ¡todo!

Salí corriendo del cuarto y fui a donde mi hermana. Ella estaba llorando mucho y fue entonces cuando “me cayó el veinte” de que lo que pasaba era en verdad malo.

– Dianita, ¿güelita ya no va a volver?

Mi hermana me acarició el pelo, y con su voz muy triste me dijo que güelita se había muerto, “güelita se murió”.

En mi casa, siempre quisieron mantenerme en una burbuja. Todo era felicidad en la vida y no existía lo malo, la tristeza, la enfermedad. Nunca se tocaban temas de muerte o cosas por el estilo ya que no querían “asustarme”. Por favor. Como si ellos fueran el único medio por el que me podía enterar, o como si fuera a ser siempre niño. Creía que las personas éramos eternas, que los que quiero iban a estar siempre conmigo.

Y de repente un día, ahí estaba yo. Parado frente a la caja en la que mi abuelita estaba postrada, sin decir una palabra, apretando mis labios y conteniendo las lágrimas. Trataba de aguantarme porque mi abuelito Ramón decía que los

hombres de verdad no lloran. Y es que cuando uno es niño, de todo lo que te digan los mayores te crees.

Cuando sentí que ya no podía más, corrí al baño de hombres y comencé a llorar, más que cuando me dolió tanto la panza por haber comido tierra, más que cuando mamá o papá me regañaban, incluso más que aquella vez que se agotó el hombre de acción edición limitada que tanto quería.

Sentía impotencia, frustración y enojo, aunque claro que en ese entonces no sabía el nombre de esos sentimientos. Solo sabía que los sentía. ¿Por qué si yo todo lo podía con mis medicamentos no pude salvar a mi abuelita? ¿Por qué nadie me había dicho? Es decir, si sabía que mi abuelita estaba enferma pero no sabía que era tan malo.

Desde ese día dejé de confiar en mí. Obvio que yo no tuve nada que ver con su muerte, pero hubo algo, algo que me cambió y no pude ser el mismo de siempre. Puede decirse que maduré. Dejé de ser tan inocente como siempre fui

Pasaron los años y como única opción, dejé que el tiempo curara las heridas. Mi tía Ángeles decidió mudarse a Estados Unidos como los otros hermanos de mi mamá, ya que ella era muy apegada a mi abuelita Irene. Ella murió, y junto con ella la felicidad de mi tía. También estaba mi abuelito Felipe que era su papá, pero para mi tía no era lo mismo. Mi abuelito entendió perfectamente y la apoyo en su decisión de irse a E.U.

Yo ya tenía 16 años. Un día revisando un cajón lleno de papeles, encontré una foto de mi abuelita Irene conmigo. Miles de recuerdos vinieron a mi mente y me puse a pensar que nunca había preguntado de qué murió. Y es que su muerte fue tan repentina que a todos nos causaba dolor solo recordar.

Entonces fui con mi abuelito Felipe, que estaba sentado en su sillón leyendo el periódico. Se veía igual que siempre, con su pelo un poco más blanco pero parecía que por el no pasaban los años. Me senté a su lado y con la foto en la mano le dije:

—Abuelito, pensándolo bien nunca supe exactamente, ¿de qué murió güelita Irene?

—Cáncer. Cáncer de páncreas.

Dio un suspiro muy largo y continuó:

— ¿Era muy bonita, verdad?

—Muy bonita.

Seguimos platicando sobre ella y sobre la enfermedad. Sobre como ese terrible cáncer la consumió tan rápido.

—El tratamiento lo hay —dijo mi abuelito —Sólo que aún no se sabe cómo detectarlo a tiempo. Deberías investigar, muchacho, a ti que te gusta la ciencia y esas cosas. Quien quite y un día hasta ganes un premio Nobel.

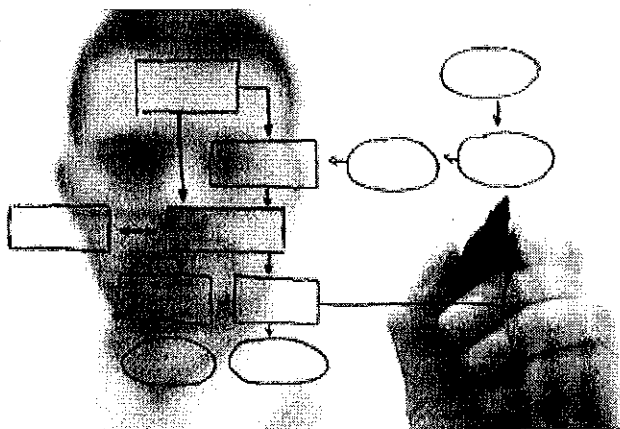
Y así continuó la plática, hasta que mi abuelito decidió irse a dormir. Yo también me fui a mi cama y honestamente, no pude dejar de pensar en lo que mi abuelito había dicho. ¿Por qué no tomar la iniciativa e investigar sobre ese cáncer? Idear algo para detectarlo más pronto, ya que es bien sabido que ese cáncer no presenta síntomas tempranos.

Mi creatividad y gusto por la ciencia hicieron que inmediatamente al siguiente día comenzara a buscar sobre el cáncer de páncreas. Decía que es uno de los canceres que más dolor causa, aparte de que el páncreas es el único órgano que no se puede extirpar o donar. Solo pensar como debió haber sufrido mi abuelita me dio las ganas, el coraje y el ánimo para continuar con mi investigación. Yo pensaba que si todos los famosos doctores y científicos pudieron, porque no habría de poder yo.

Día y noche comencé a buscar cosas que tuvieran que ver con el cáncer de páncreas; en artículos de revistas e internet, libros, folletos y todo aquello en donde pudiera encontrar la más mínima cosa, ya que aunque fuera pequeño, era una pieza más del rompecabezas, por así decirlo.



Tardé más o menos 1 mes en recopilar todo. Y es que en verdad no quería dejar pasar nada que pudiera ser importante o relevante. Un día en la prepa nos dieron la hora libre y yo aproveché para irme a la biblioteca a seguir con mi investigación. Saqué todas mis hojas con anotaciones, mis folletos, post-it con páginas de internet y otras cosas que había juntado en ese mes. Ya tenía todo sobre la enfermedad; sus causas, sus síntomas, tratamiento y todo, ya solo faltaba unir las piezas para llegar a una conclusión, a una forma más rápida de detectarlo.



Nuevamente, pasaron los años y yo ahora con 18 de edad seguía sin saber que hacer exactamente para encontrar una forma de detectarlo. Nada venía a mi mente, y los mismos sentimientos de frustración y enojo que sentí aquella vez cuando niño, aquella vez que no pude hacer nada para salvar a mi abuelita volvieron a mí.

Hoy, aunque me siento orgulloso de mí, lamento los motivos que de verdad me hicieron abrir los ojos y lo que tuvo que pasar para que yo me pusiera las pilas y esté donde estoy ahora.

Mi abuelito Felipe, a quien siempre vi como un gran amigo comenzó a sentirse mal un día. Ya no se veía tan contento como antes, se veía más delgado y seguido se quejaba de un dolor. "Estoy bien, es la edad, hija", era lo que le decía a mi mamá cada que ella se acercaba a preguntarle qué tenía y dónde le dolía.

Para ya no hacer el cuento largo, (perdón, me duele mucho acordarme) a mi abuelito después de muchos dolores y muchas idas con el especialista le

detectaron cáncer de páncreas, y lamentablemente ya no había mucho que hacer por él.

No sabía a quién reclamarle; si a Dios, al destino, a la vida, a los doctores. No sabía. Pasadas unas semanas, un jueves en la noche -lo recuerdo perfecto- pedí quedarme con él en el cuarto a cuidarlo. Me dolía verlo tan demacrado, tan sin vida, sobreviviendo conectado a tantos cables. ¿Quién quiere vivir así? Pero contuve mis lágrimas y para alegrar el ambiente comenzamos a platicar de muchas cosas, a recordar los viejos y buenos tiempos y a reír como lo hacíamos cuando yo era más pequeño. El sacó una caja que se veía muy vieja y me la dio.

— Creo que habías perdido esto, muchacho distraído.

— Pero esa caja no es mía güelito.

— Yo sé que sí, ábrela.

Con mucha curiosidad la abrí y mis ojos se llenaron de lágrimas y en mi garganta se hizo un gran nudo, como si tratara de tragar una manzana entera.

Era mi equipo médico, el que él me había regalado.

Le di un fuerte abrazo a mi abuelito y lloré, lloré ahora sí, como nunca antes. Cuando me paso por la mente la frase de mi abuelito Ramón, esa de que los hombres de verdad no lloran, me di cuenta que no siempre por ser más viejo se es más sabio. Supe en ese momento que un hombre de verdad, de verdaderos sentimientos le demuestra su amor a los que más quiere, sin importar lo que piensen los demás.

Enseguida lo solté porque empezó a quejarse muy feo, decía que le dolía y que ya no podía más. El me hizo prometerle algo.

— Hijo, ¿tú me quieres? — me dijo con una voz y cara que reflejaban dolor.

— Mucho, güelito, como no tiene idea.

— Entonces por favor, no permitas que este viejo muera gritando de dolor, por favor te lo imploro, acaba con mi sufrimiento. No quiero que me recuerdes así.

Me impacté demasiado. No lo podía creer.

—Por favor, hijo, por tu abuelita, por mí. ¡Por favor!

Entonces volteé a todos lados, revisando que no hubiera nadie. No podía creer lo que iba a hacer, pero yo no me podía permitir seguir viéndolo sufrir así.

Me acerque y le di un beso en su frente, posiblemente el beso más sincero que le he dado a alguien en toda mi vida. Con mi voz entrecortada le dije:

—Que descanse güelito.

—Gracias, muchacho. Y no olvides, sigue luchando por tus sueños, sigue, para que nadie más tenga que pasar por esto otra vez. Conviértete en ese gran médico, ese gran científico que siempre has querido ser, y no cualquiera, ¿verdad?

—Uno de los buenos. Nunca lo olvidaré güelito.

Y lo hice. Desconecté los aparatos que mantenían con vida a mi abuelito. Solo pude ver como cerraba sus ojos, como el dolor se quitaba de su cara y como soltaba mi mano.

Entonces cuando comprobé que ya no tenía vida, ya no recuerdo ni como hice para que la escena se viera natural. Solo tomé mi caja, la escondí y me hice el dormido en el sofá de la habitación.

Lo que pasó después ya no importa, pero siempre me atormentaba una pregunta ¿Estuvo mal? ¿Lo maté? ¿Debí haber dejado que la enfermedad lo matara?

No. Lo hice porque lo amaba, y porque no estaba dispuesto a dejarlo morir gritando de dolor, como él dijo.

A partir de ese día, con todo y mi dolor continué con mis investigaciones, con más motivación que nunca. Me fui a laboratorios, hospitales, pregunté en mi facultad de medicina, en la de biología y así hasta llegar por fin a donde yo quería.

No quería confesárselo a mi mamá, eso de que desconecté a mi abuelito, porque tenía miedo de que me acusara o me metiera la cárcel o algo, ¡acabé con la vida de su papá!

Dejé pasar un poco más de año, esperando a que a mi mamá se le pasara un poco su pena. Junté a mis papás y a mi hermana en la habitación de ellos y comencé a contarle todo. Yo lloré mucho y les pedí perdón demasiadas veces.

—Mamita ya no tenía caso, a él le faltaba mucho sufrimiento, yo no podía verlo así mamá, ¡no podía!

Ella me dio un fuerte abrazo y llorando, solo acariciaba mi pelo.

—Ya pasó, tal vez nosotros hubiéramos hecho lo mismo.

El día de hoy soy uno de los mejores oncólogos que hay en el país. ¿Y qué creen? Descubrí un nuevo método de detección cancerígena mediante muestras de sangre y análisis de orina. Me rechazaron tantas veces con mi idea, que estuve a punto de desistir pero pensar en mis abuelitos me daba las fuerzas para seguir adelante. Pero esa es otra historia.

El punto es que lo logré. He salvado a cientos de pacientes gracias a que su cáncer es detectado a tiempo. La primera vez que lo hice, después de mucho tiempo volví a sentirme un verdadero héroe. Trabajo en un hospital, me encanta mi trabajo y lo primero que vez al entrar a mi consultorio en una repisa, es aquel equipo médico que tantas alegrías me dio cuando era niño.

Ahora no me siento, sé que he logrado convertirme en un gran científico, un gran médico y no cualquiera, sino como mi abuelito Felipe decía, “uno de los buenos”.

